

Boletín de Historia Eclesiástica.

1.—*San Jerónimo. Su vida y su obra.*—La Universidad Católica de Lovaina y los Colegios de Teología de los Dominicos y Jesuítas de la misma ciudad han emprendido de consuno la publicación de una serie de trabajos—muy parecidos a los que dan a luz desde hace bastante tiempo los Seminarios de las Universidades alemanas—con el título *Specilegium Sacrum Lovaniense. Etudes et Documents pour servir à l'histoire des Doctrines chrétiennes depuis la fin de l'Age Apostolique jusqu'à la clôture du Concile de Trente.*

El programa que se han trazado es muy vasto y bien definido. Excluyendo la historia de las religiones, la del Nuevo Testamento y la Teología bíblica propiamente dicha, el campo se extenderá a toda la literatura patrística y eclesiástica medieval, prolongando ésta hasta el Concilio de Trento inclusive, que coronó en Occidente la obra dogmática que habían elaborado la Antigüedad Cristiana y la Edad Media. Para Oriente, la colección abrazará el mismo período, dando un puesto especial a la teología dogmática griega que precede al cisma del siglo XI, y a las controversias greco-bizantinas que repercutieron en los siglos posteriores en Occidente.

La colección comprenderá tres series o secciones; la primera estará dedicada a trabajos críticos, históricos, literarios o doctrinales; la segunda a la publicación de textos inéditos originales o versiones antiguas y a la reedición crítica de aquellos que están mal publicados dentro del período abarcado por el plan general; y la tercera a dar a conocer documentos e instrumentos de trabajo que puedan ayudar a la preparación de una edición crítica o a penetrar mejor las ideas de un autor. Aquí entran los catálogos de manuscritos, la bibliografía, los estudios paleográficos, lexicográficos, etc.

En el programa que tenemos delante hay ya veinticuatro obras en preparación, sin contar la que a continuación examinamos. Es ésta la que acaba de publicar el P. Fernando Cavallera, Profesor del Instituto Católico de Tolosa de Francia, consagrada a San Jerónimo. *Su vida y su obra* (1).

(1) Université Catholique et Collèges théologiques O. P. et S. J. de Louvain. *Specilegium Sacrum Lovaniense. Etudes et documents.* Fascicules 1, 2. FERD. CAVALLERA, Professeur à l'Institut Catholique de Toulouse. *Saint Jérôme. Sa Vie et son oeuvre.* Première partie. Tomos I, II. Louvain, Rue Namur, 40, 1922. Dos tomos de 344 y 229 páginas.

Sólo ha dado a luz la primera parte en dos volúmenes, estudiando en ella la figura de este hombre extraordinario, tanto en su vida íntima como en sus relaciones sociales y en su actividad literaria verdaderamente portentosa. Por la importancia de la obra del P. Cavallera y por la influencia que ejerció San Jerónimo en su siglo y sigue aún ejerciendo en el mundo católico con sus escritos, bien merece que nos detengamos algún tanto a dar razón de la obra del docto profesor del Instituto Católico de Tolosa.

Esta primera parte la divide el autor en dos tomos, narrando en el primero la vida del gran Santo por orden cronológico, y dejando para el segundo la discusión de algunas cuestiones controvertidas.

Es curioso que un hombre tan conocido en su tiempo como San Jerónimo, y tan bien relacionado con todas las personas sabias de entonces en Oriente y Occidente no haya tenido un biógrafo que haya contado minuciosamente su vida. Todas las biografías que de él existen son tardías y de escaso valor; así que para tejer la trama de su existencia hay que reducirse a las alusiones que a él hacen los que le conocieron personalmente y a sus propios escritos. Sin que con estos documentos se puedan dilucidar y esclarecer todas las dudas que salen al encuentro, es cierto que gracias a ellos hay lugar a reconstruir los hechos con bastante exactitud. Las *Apologías* de Rufino, las cartas y tratados de San Agustín, algunos testimonios importantes, aunque breves, de Sulpicio Severo, Orosio, Paladio, Teófilo, y la correspondencia pontifical nos han conservado no pocos datos preciosos. Pero para conocer su alma, sus sentimientos, sus más predilectas ocupaciones, sus gustos literarios, sus dificultades y contradicciones, sus amistades y hasta sus mismos sueños, nada hay comparable a sus escritos, particularmente las cartas. Sin embargo, todas estas fuentes han de ser utilizadas con parsimonia y criterio, porque no todas fueron escritas en las mismas circunstancias. Muy distinto aparece el ermitaño de Belén en sus cartas familiares que en sus libros polémicos. Siempre es, pues, necesario, tener ante la vista el tratado de donde la noticia se saca y la psicología especial de aquella alma grande y privilegiada.

Jerónimo nació hacia la mitad del siglo IV en la villa de Stridón, lugar fortificado sito en la frontera oriental de Italia, confinando con las Provincias de Dalmacia y Panonia. No sabemos si su familia era de origen latino; lo que sí consta es que era rica y principal. Aunque católicos, no bautizaron sus padres inmediatamente al recién nacido, dejándole crecer en el catecumenado, según costumbre establecida entonces. Desde la más temprana edad le aplicaron al estudio de las letras elementales; y él mismo nos dice con candor, que al llegar la hora de la escuela tenían que arrancarle por fuerza de los brazos de su abuela, entregándole al pedagogo que más de una vez le hacía sentir los desagradables golpes de la férula. En cambio, los días de vacación se despachaba a sus anchas, correteando por las habitaciones de los esclavos y hartándose de jugar. No tardó, sin embargo, en cobrar gusto por el estudio, para el que poseía cualidades extraordinarias. Fuera a fin de cultivar mejor esas cualidades, fuera por otros

motivos, terminada la educación elemental le llevaron sus padres a Roma. A pesar de la decadencia de esta ciudad, que cada día se iba acentuando más y más, se conservaba no obstante el esplendor de sus aulas, en especial las consagradas a la gramática y a la retórica. Allí acudió Jerónimo y bajo la dirección del célebre gramático, Elio Donato, no sólo aprendió las áridas reglas de la gramática y la poética, sino que además se inició en la lectura e inteligencia de los prosistas y poetas latinos. A esta formación siguió la de la retórica y la de la dialéctica, en las que Jerónimo salió muy aventajado. Buena prueba de ello son sus obras, consideradas tanto en su fondo como en su forma externa.

De carácter fogoso y extremadamente sensible, nada tiene de extraño que Jerónimo se viera en no pocos peligros en medio de aquella Babilonia del mundo latino; pero los desengaños y la sólida educación recibida en la familia le libraron de ellos. Cuanto más profundizaba en los dogmas, más absurdos le parecían los errores de los gentiles que veía con sus propios ojos y las ridiculeces pueriles del politeísmo. Su disposición de alma por aquel entonces, el arraigo de sus creencias y, al mismo tiempo, su insaciable curiosidad, se demuestran palpablemente en aquellos paseos dominicales de los que nos ha dejado él mismo esta sentida página: «Estando en Roma durante mi infancia aprendiendo las artes liberales, solía visitar los dominicos, acompañado de otros compañeros de mi edad y conducta, los sepulcros de los Apóstoles y de los mártires. Muchas veces entrábamos en las criptas subterráneas, que ofrecen a los visitantes a derecha e izquierda de las paredes los lóculos de los cuerpos allí sepultados. Está todo tan oscuro que parece que se realiza en aquellos lugares la palabra del profeta: «que desciendan vivos a los infiernos». Una ráfaga de luz, que penetraba a través de los lucernarios, disipaba apenas de cuando en cuando aquellas horrores tinieblas; más que una ventana era un agujero por donde penetraba algún rayo del sol. Luego nos poníamos en marcha lentamente, sumergidos en una noche negra que traía a la memoria aquellos versos de Virgilio: «Por todas partes el horror y el silencio mismo aterran nuestra alma». Así se portaba de estudiante aquel que había de ser una de las lumbreras más grandes de la historia y de la Iglesia.

En Roma recibió el bautismo; y terminada su educación científica, comenzó su carrera de escritor, polemista, ermitaño y director espiritual. Más tarde, dándose cuenta de la necesidad que tenía del griego y del hebreo, especialmente para penetrar las Sagradas Escrituras, estudió estas dos lenguas con tanto ahínco que salió consumado en ellas.

La complejidad de la vida de un hombre tan extraordinario hace vacilar aun al historiador más avezado a resolver problemas históricos intrincados. El P. Cavallera ha creído resolver esta dificultad, según hemos indicado, recogiendo en esta primera parte de su obra todos los hechos de la vida de San Jerónimo por orden cronológico, y dejando para la segunda el estudio doctrinal y literario. Quizá cuando la obra esté terminada nos podamos dar cuenta de la rectitud del plan; pero por lo que se ve actualmente, no acaba

uno de sacar una idea exacta de la personalidad de un sabio y un santo tan excepcional. Le vemos aquí desfilar ante nosotros en toda aquella larga peregrinación que comienza en Roma, sigue en Tréveris, Aquileya, Antioquía, desde donde se retira al desierto, vuelve a la misma ciudad, se dirige a Constantinopla, torna de nuevo a Roma llamado por el Papa San Dámaso, parte a los tres años definitivamente para Oriente, encerrándose en Belén. Aprendemos, hojeando el libro del docto Profesor, cuándo compuso sus obras contra los luciferianos, sus comentarios sobre Abdías, el Eclesiastés, los Profetas y San Pablo, la traducción de la Crónica de Eusebio, el *Adversus Helvidium*, la *Vita Marchi* y la *Vita Hilariónis*, la revisión de los Setenta y la traducción de la Biblia directamente del hebreo, el tratado *De Viris illustribus*, la refutación de los errores de Joviniano, los escritos referentes a la controversia origenista y contra los Pelagianos, la fecha aproximada de sus cartas familiares, en una palabra, toda la portentosa actividad literaria de aquel hombre infatigable. Como si esto fuera poco, se nos presentan sucesivamente ante los ojos los diversos personajes con quienes Jerónimo estuvo en relación, entre los que desciuellan el historiador Rufino, San Gregorio Nacianceno y Niceno, el Papa San Dámaso, nuestro compatriota, Pablo Orosio y San Agustín. Es verdaderamente admirable la autoridad de que gozaba Jerónimo ante todos estos hombres tan distinguidos por su sabiduría; todos le consultaban sus dudas y le escuchaban como a un oráculo.

Jerónimo fué, además, un asceta y director espiritual muy experimentado. Marcela Paula, Lea, Asela, Blesila, Eustoquio y otras damas romanas se dirigían con él, y su correspondencia epistolar es un modelo de dirección suave y severa a la vez, y contiene instrucciones verdaderamente admirables sobre la vida espiritual.

A nuestro modo de ver el trabajo hubiera ganado en interés, si, recogidos en breve espacio los hechos por orden cronológico, se hubiera estudiado separadamente cada una de las modalidades que ofrece el espíritu y la actuación del gran ermitaño de Belén. El haber dejado para el segundo tomo de esta primera parte las cuestiones controvertidas, de las que ya se ha hablado en el anterior, aunque aligera la narración de la biografía—y en este sentido es un acierto—pero hace que el lector tenga que volver de nuevo sobre temas ya leídos fragmentariamente antes. ¿No hubiera sido mejor tratar de una vez la cuestión sin tornar dos veces sobre lo mismo? Y esto se podía haber hecho tanto más fácilmente cuanto que la obra va dirigida a los eruditos y técnicos, que por su formación están acostumbrados a hojear semejantes elucubraciones y es en el fondo lo que ellos esperan.

2. *Estudios de crítica e historia religiosa* (1). Bajo este título ha re-

(1) E. Vacandard, aumônier du Lycée de Rouen. *Etudes de critique et d'histoire religieuse*. Quatrième série. Paris. Librairie Victor Lecoffre. J. Gabalda, éditeur, Rue Bonaparte, 90, 1923. Un tomo de 268 páginas. Precio, 7 francos.

código el abate Vacandard en una cuarta serie varios artículos interesantes que había publicado ya en distintas revistas. El nombre del autor es suficientemente conocido de cuantos se dedican a la investigación de los orígenes del cristianismo y de la historia religiosa de la Edad Media por las tres series de Estudios que han precedido a la actual, por la vida de San Bernardo, la de San Ouen y San Victricio, obispos de Rouen.

En el presente libro nos ofrece las siguientes disertaciones: *El apostolado de San Pedro en Roma; La Papisa Juana; La profecía de San Malaquías; Santa Genoveva de París; La falsa Juana de Arco; Los orígenes de la Salve; El autor de la Imitación de Cristo; El alma religiosa de Pablo Corneille*. Salvo las páginas en que se habla de Santa Genoveva y de Corneille, que tienen un sabor local, los demás asuntos son importantes por su universalidad.

El apostolado de San Pedro en Roma ha sido uno de los temas tratados con más asiduidad y cariño por los investigadores católicos, y, por lo mismo, a nadie extrañará que no se encuentre nada nuevo en el artículo de Vacandard. Con todo, la exposición de los argumentos conocidos es clara y vigorosa. Todos sabemos que la tradición se remonta a los tiempos apostólicos; pues no solamente la hallamos confirmada al fin del siglo segundo por los testimonios explícitos de Dionisio de Corintio, San Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y Cayo, sacerdote romano, lo que representa que la idea estaba arraigada en Grecia, las Galias, Asia Menor, Egipto y África, sino que además existen las palabras contundentes de San Ignacio de Antioquía de hacia el 110 y las del Papa San Clemente, discípulo de los Apóstoles, que la apoyan y robustecen resueltamente.

Mayor originalidad posee la disertación sobre la Leyenda acerca de la existencia de la Papisa Juana. Es ésta una de las fábulas más curiosas que ha inventado la imaginación humana. Aunque la conocerán algunos de nuestros lectores, sin embargo, en gracia de los que no la recuerden, vamos a exponerla brevemente. Se cuenta que la Silla Apostólica fué ocupada en el siglo décimo o undécimo—que en esto no andan acordes las crónicas—por una mujer, a la que se dieron distintos nombres, siendo el más común el de Juana, con el que ha pasado a la historia. Según unos había nacido en Maguncia, y desde muy joven se había vestido de hombre. Desde su ciudad se fué a estudiar a Atenas y de aquí se dirigió a Roma, logrando por su talento entrar de Notario en la Curia romana, ser elegida Cardenal y finalmente Papa. Sucedió que, estando en esta dignidad, tuvo la desgracia de cometer una grave falta, y el Señor permitió que yendo un día de San Pedro a San Juan de Letrán a caballo, diera a luz a la mitad del camino junto al Coliseo. Al punto la condenó la justicia romana a muerte y fué enterrada en el mismo lugar en que murió, donde se colocó esta inscripción: *Papa, pater patrum, papissa prodito partum*.

Es tan singular esta leyenda, que desde que apareció a fines de la Edad Media llamó poderosamente la atención. Desde luego se nota que aparece en documentos muy posteriores al tiempo en que se dice tuvo lugar el

acontecimiento. El primero que la consigna es Juan de Mailly, o el autor de la *Chronica universalis Metternsis*, sea quien sea el que la compuso, hacia el año 1250. Este la pone después de la muerte de Víctor III, fallecido en 1087. El documento es, por lo tanto, casi dos siglos posterior al suceso. El dominico, Esteban de Borbón, muerto hacia 1261 y el franciscano D'Erfurt, cuya *Chronica minor* llega hasta 1261, reproducen casi en los mismos términos la narración de la Crónica de Metz, pero fijan el pontificado de la Papisa, el primero hacia el año 1100 y el segundo hacia 915.

Hay una segunda redacción de la fábula salida de la pluma de Martín de Troppau, llamado Polonus, que falleció en 1279. Es más detallada y complicada y se halla reproducida en el *Liber Pontificalis*. Como es natural, la leyenda se extendió mucho, encontrándose en no pocos libros posteriores a los mencionados.

Salta a la vista que la cosa en sí misma es ya por demás rara, y las circunstancias de que va rodeada fáciles a despertar sospechas sobre la autenticidad de la narración; pero aun prescindiendo de esto, no es tarea ciertamente sobrehumana el demostrar la futilidad del hecho. Por de pronto, como hemos advertido, los documentos contemporáneos nada dicen de acontecimiento tan extraordinario. En segundo lugar, al principio todo el mundo ignora su nombre. Sólo en el siglo XIV se fija éste, llamándola unos Juana, otros Gilberta, otros Inés, otros, finalmente, Glancia. Tampoco se sabe a punto fijo el tiempo en que vivió. Según Juan de Mailly fué hacia 1087, según Esteban de Borbón hacia 1100, según el franciscano D'Erfurt hacia 915 y según Martín Polono entre León IV, muerto el año 855, y Benedicto III. Pero resulta que examinando estas cronologías no puede justificarse que en ninguna de ellas ocupara la Silla Pontifical la supuesta Papisa dos años, como dicen las historias; porque no hubo ningún intervalo de ese tiempo en que estuviera ésta vacía. No cabe, pues duda, que todo esto es un parte de la imaginación calenturienta de los cronistas medievales.

En cuanto al origen de la leyenda se dan varias explicaciones, bastante fundadas todas, aunque, como acontece en este género de hechos, no completamente satisfactorias. Según parece se veía en la calle que lleva del Coliseo a San Juan de Letrán, cerca de la iglesia de San Clemente una estatua que podía muy bien representar o una divinidad pagana o un sacerdote o sacerdotisa con un niño. Sixto V la mandó quitar. Cerca de esta estatua se hallaba una inscripción enigmática que decía: *P. P. P. P. P. P.* Se supone generalmente que era una inscripción dedicada a la diosa Mitra puesta por un tal Papiro; de donde la interpretación de aquel jeroglífico debía de ser: *Papirus Patri Patrum* (título este último del sacerdote de Mitra) *Propria Pecunia Posuit*. Esta interpretación, que parece obvia, no se les ocurrió a los epigrafistas medievales, que habían perdido todo el sentido histórico. A esto se vino a juntar el que los Papas, para ir de San Pedro a San Juan de Letrán, evitaron el pasar por la calle en donde estaban la mencionada estatua e inscripción, por la sencillísima razón, según Panvinio, de que ésta era muy estrecha; pero el vulgo, aficionado a invencio-

nes estrañafarias, lo atribuyó al horror de pasar por delante de aquella estatua e inscripción. Al mismo tiempo a esta última se la dió el siguiente significado, debido indudablemente a algún malicioso: *Parce Pater Patrum Papisse Prodere Partum*, leyenda que se encuentra también en esta forma: *Papa Pater Patrum Papisse Prodigio Partum* y en otras parecidas. La famosa ceremonia de la *Sella Stercorea* para conocer el sexo del Papa elegido contribuyó a su persistencia. Finalmente la existencia de la Papisa se pone en el siglo décimo por lo común, y sabemos que entonces el Papado estuvo a merced de Teodora, esposa de Teofilacto y de sus dos hijas, Marocia y Teodora, hasta tal punto que en aquel tiempo era común la frase «Tenemos por Papas a mujeres». Como si esto fuera poco, dió la casualidad de que en este período hubo cuatro Pontífices con el nombre de Juan, a saber: Juan X (914-918), Juan XI (931-936), Juan XII (955-964); Juan XIII (965-972). Por otra parte, Benito de San Andrés, en una crónica muy extendida por entonces, escribe, hablando de Juan XI, que Roma había caído en poder de una mujer parienta del Papa. Ahora bien: llamándose éste Juan, nada tiene de extraño que se aplicase a su parienta el nombre de Juana y se la denominara Papisa, dada su influencia en la Corte Pontificia. Quizás no a todos convenzan estas explicaciones, pero es innegable que no carecen de valor. A lo menos saquemos de todo en conclusión que la existencia de la Papisa es una burda fábula rechazada hoy día afortunadamente por todos, aun por los protestantes.

Otro de los asuntos tratados por Vacandard es *La profecía de San Malaquías sobre la sucesión de los Papas*. Al elegirse un nuevo Pontífice viene siempre a la memoria la profecía que un amigo de San Bernardo, llamado Malaquías y obispo de Armagh, en Irlanda, muerto en 1148, se dice haber formulado sobre ciento once Papas, aplicándoles un mote o fórmula en consonancia con su persona o los actos realizados en su gobierno de la Iglesia. Por no hablar más que de los últimos, se recordará que a Pío IX corresponde la fórmula *Crux de Cruce*, a León XIII *Lumen in caelo*, a Pío X *Ignis ardens*, y a Benedicto XV *Religio depopulata*.

Hoy día no hay crítico de nota que admita la autenticidad de semejante profecía. Las razones en que se fundan todos para rechazarla son las siguientes. La primera, en que dicha profecía fué ignorada durante cuatro siglos y medio, no sabiéndose nada de ella hasta que en 1595 la publicó en Venecia Arnoldo Wión, monje benedictino. La segunda es que no se ha encontrado en ningún manuscrito. La tercera, que las fórmulas y la interpretación dada a ellas por el dominico español Alfonso Chacón (que inserta también Wión en su obra) responden bien al carácter de cada uno de los Papas desde Celestino II (1143-1144) hasta Urbano VII, que murió en 27 de septiembre de 1590, o sea hasta el tiempo de la publicación de la obra; pero no sucede lo mismo con las posteriores, donde se notan contradicciones y anomalías inexplicables. La cuarta razón en contra se saca de que el autor de la supuesta Profecía coloca a los antipapas en el mismo pie que a los legítimos sucesores de San Pedro. Finalmente, estableciendo una comparación

entre la *Historia de los Papas* del célebre anticuario romano Onofrio Panvinio y la pretendida obra de San Malaquías, se ve clarísimamente que todos los elementos de ésta se encuentran en aquélla. Ahora bien, como la historia de Panvinio se publicó en 1555 y la profecía cuarenta años más tarde, se sigue que ésta es la que depende de aquélla y no al revés.

Hay oraciones y plegarias, que por su popularidad y por su difusión en el pueblo cristiano, han merecido siempre la atención de los historiadores, quienes han procurado por todos los medios a su alcance indagar su origen y su autor. Esto ha sucedido con la *Salve*. El Sr. Vacandard resume en veintiuna páginas los resultados a que la crítica ha llegado en los últimos tiempos con relación a esta célebre plegaria. Por lo que hace a su origen, no cabe la menor duda que se remonta a fines del siglo XI, puesto que se encuentra en un manuscrito de esa época en la Biblioteca de Karlsruhe, que lleva la firma LV y procede de Reichenau. Más oscura es la cuestión de su autor. Cuatro se han señalado hasta el presente, a saber: el monje Herman Contract, muerto en 1054; San Bernardo, que falleció en 1153; Pedro Mezonzo, obispo de Compostela, que terminó sus días el año 1003, y Aymar, obispo de Puy, muerto el año 1098. Generalmente se descartan los dos primeros, quedando reducida la controversia a los dos últimos. Vacandard se inclina por el francés, aunque deja la cosa dudosa; en cambio el Sr. D. Eladio Oviedo Arce, en su *Memoria sobre el autor de la Salve*, dada a luz en Santiago de Compostela el año 1903, atribuye la plegaria a Pedro Compostelano. Sus argumentos son fuertes, si bien no del todo decisivos. Ya en el siglo XIII se la adjudican a nuestro compatriota Santiago de Voragine en su *Leyenda Aurea* compuesta hacia 1255, y unos años más tarde Guillermo Durando y Gervasio Ricobald. Aparte de esto hay una tradición literaria netamente española, representada por Gonzalo de Berceo y Alfonso el Sabio, los cuales introdujeron, el primero en sus *Milagros de Nuestra Señora* y el segundo en sus *Cantigas*, elementos de la *Salve*. Contra estos argumentos se aduce el que Aubri, monje cisterciense que murió en 1241, afirma que la compuso Aymar de Puy en Velay. Difícil es cortar la controversia de un modo definitivo, pero la tesis de que el autor de la plegaria fué Pedro Compostelano es, a nuestro modo de ver, la más fundada.

Llamemos la atención finalmente sobre la disertación de Vacandard acerca del *Autor de la Imitación de Cristo*. Es este un problema muy debatido actualmente, dividiéndose los pareceres entre la atribución a Gersón y a Tomás de Kempis. Las investigaciones se fundan tanto en los caracteres internos de la obra como en su transmisión manuscrita. De ambas cosas se deduce que toda la probabilidad, por no decir certeza, está de parte del último de los mencionados escritores. A él se la adjudican los principales códices y las crónicas contemporáneas, al paso que un hermano de Gersón, que redactó el catálogo de las obras de éste, no menciona la *Imitación de Cristo* para nada entre ellas. A esto hay que añadir que el verdadero autor se inspiró en la escuela ascética de Windesheim y particular-

mente en una carta de Juan de Schoonhoven, del 1383, cosa que no se compagina bien con lo que sabemos de Gersón. Resta, pues, en pie la afirmación tradicional de que el verdadero autor de la *Imitación de Cristo* es Tomás de Kempis.

Sobre los otros temas tratados en esa colección por Vacandard no diremos palabra, pues más interesan a sus compatriotas que a los lectores de nuestra revista. Baste lo expuesto para demostrar la importancia que en sí encierra este volumen de *Estudios de crítica y de Historia religiosa* publicado por el sabio capellán del Liceo de Rouen.

Z. GARCÍA VILLADA.

